

Frente libertario

Madrid, 29 de junio de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 509

NECESIDAD DE LA EFICIENCIA

Hay que saltar sobre los montones de papeles para adquirir el ritmo vivo y enérgico que las circunstancias demandan

Al doblar de los meses --de los muchos meses que la guerra dura--, se han ido creando una serie de organismos de corte netamente burocrático, que si son indispensables en la vieja organización del Estado, son altamente perjudiciales cuando se atraviesan circunstancias como las que actualmente vive el proletariado español. Necesitamos eficiencia, rapidez... y ahorro de papel; porque el papel está caro y porque todo lo que se ahorre en papel, se ahorra también en tiempo y en hombres.

Tiempo que nos hace falta, mucha falta, para atender a todas las necesidades que la guerra plantea que han de cubrirse en todo momento y con la mayor amplitud posible. Y hombres que hacen también falta para la guerra y para encargarse de la multitud de servicios que con la guerra están íntimamente relacionados.

No son momentos los que estamos viviendo a propósito para perder tiempo y energías; se acercan rápidamente jornadas decisivas y es preciso hacer acopio de uno y de otras para vencer los últimos embates de las tropas rebeldes, que tienen todavía mucha más prisa que los leales, en terminar la contienda. Por eso todo lo que sea aumentar la eficiencia de nuestros organismos, de todos nuestros organismos que aunque sean de retaguardia deben ser organismos de guerra, encauzados por los mismos imperativos categóricos de la guerra, será obrar en consonancia con las necesidades que la hora impone y será ajustarse a lo que debe ser norma de conducta austera y voluntariosa de todo el que en justicia quiera merecer el calificativo de antifascista.

Es necesario que todos comprendan la necesidad ineludible en que nos encontramos de aprovechar hasta el máximo todas las energías de que sea capaz el pueblo español y de influir por todos los medios a nuestro alcance para que esas energías, una vez canalizadas hacia la victoria, no encuentren en el afán de trámite y de papeleo abundoso, un obstáculo para su acción salvadora. Es demasiado lo que arriesgamos en

SEPANLO DE UNA VEZ LOS DERROTISTAS

Nuestra guerra sólo terminará con la victoria del pueblo

Nuestra guerra es a muerte. Lo hemos repetido todos mil veces, lo ha confirmado el pueblo con su decisión heroica de llevar la lucha hasta el fin. Lo ratificó el doctor Negrín en su último discurso al afirmar que, en una contienda con las características de la nuestra, "se sucumbe o se vence". No tiene la cuestión tercer término. No lo tuvo desde el instante mismo en que los traidores abrieron las puertas de España a la invasión italoalemana. Con los enemigos del pueblo no hay otro diálogo posible que el de los cañones y las ametralladoras. Sobran ellos o sobramos nosotros. La pelea tiene que finalizar con nuestra victoria o durará mientras quede un metro de España libre de la planta extranjera y un obrero español en pie. Que todo el mundo grabe bien en sus cerebros esta gran verdad. Que la graben, con mayor firmeza que nadie, los derrotistas que con insensatez y cobardía desbordan la traición. Todos sus manejos son inútiles. Todos sus propósitos, ilusorios. Podrán moverse en las sombras cuanto quieran, trazar en secreto sus planes, fraguar maquinavelismos irrealizables en sus cenáculos o sus charcas. Por encima de ellos, muy por encima de todos ellos, está la voluntad de España. La voluntad de España, que no puede, ni quiere, ni será esclava. La voluntad de un pueblo decidido a conquistar su libertad, extirpando a todos los traidores.

A todos los traidores, absolutamente a todos. A los que estén del otro lado de las trincheras en primer término. Pero también a quienes en nuestra retaguardia laboran en su favor, por flojera de ánimo, por derrotismo, por falta de confianza en la victoria del pueblo o por afanes torpes de miedo y lucro. "Al vencedor --decía Negrín en su último discurso-- le hace el vencido."

la lucha para que nos podamos permitir el lujo de distraer energías y de olvidar que en la eficiencia de todos nuestros hombres y de todos nuestros actos reside la clave principal de la victoria.

¡Eficiencia! Este es el imperativo categórico de los momentos que atravesamos. Y a la eficacia han de subordinarse todos los intereses particulares, por muy enquistados que éstos se encuentren en la máquina estatal. En esa máquina que parece alimentarse de papel y de tinta y que es necesario sujetar también al carro triunfal del proletariado victorioso.

Le hace cuando tolera maniobras que "fomentan la descomposición de dentro a la par que intrigan para que nos asfixien desde fuera". Nosotros no podemos tolerar nada de esto. No podemos perdonar a nuestros enemigos, porque nos apuñalarían por la espalda. Una vez descubiertos, los traidores han de ser exterminados sin contemplaciones de ningún género.

Y nadie crea que una elevada posición, que un nombre conocido, pueden ser manto impunitista que proteja las traiciones. Por muy encumbrado que se crea un individuo, su vida valdrá mucho menos que la de millones de españoles. Hacemos la guerra y los sentimentalismos están de más. Será doloroso proceder así; pero mil veces peor sería no hacerlo. La victoria del enemigo podremos favorecerla con nuestra debilidad. Y ni el Gobierno ni el pueblo quieren comprometer un triunfo que por ley natural ha de venir a nuestras manos.

Séase de una vez para siempre que ni España ni su Gobierno admiten otro final de la guerra que la victoria absoluta y total. Los que piensen otra cosa pueden variar radicalmente de manera de pensar. Los que a más de pensarlo se entreguen a maniobras tendientes a obstaculizar nuestra resistencia, tendrán que soportar todo el peso doloroso de la dura ley de la guerra. En España puede haber también un Bois de Vincennes, donde el poste espere a los traidores que se creyeron a salvo de la justicia del pueblo.

Pero, insistamos, las palabras no bastan. Es inútil pretender dialogar con los sapos. Hay que aplastarlos. Sin vacilaciones ni tardanzas. Descubierta la traición, la justicia debe actuar con toda energía y con toda rapidez. El Gobierno lo hará. El pueblo está seguro porque tiene confianza plena en los hombres que lo integran. Uno y otro están decididos a llevar la guerra hasta la victoria. Los que maniobran en contrario, los traidores, no merecen que perdamos mucho tiempo en combatirlos verbalmente. Hemos de emplear, por fuerza, procedimiento de mayor contundencia.

LEED

"CASTILLA LIBRE"

DIARIO CONFEDERAL

VISADO POR LA CENSURA

LAS COMPARACIONES SIEMPRE SON FEAS

Y la mejor frase o episodio de la historia mundial es la que está escribiendo con su sangre o realizando con su heroísmo el pueblo español

Empezamos por declarar paladinamente que no quisiéramos molestar a nadie; sabemos de sobra que los momentos que atravesamos son absolutamente inadecuados para dejar paso a la ironía o al tono jocoso; pero al mismo tiempo, es tal la superabundancia de frases, de comparaciones con acontecimientos históricos pretéritos, y de recuerdos y alusiones a episodios pasados los que se hacen en las columnas de toda la prensa antifascista, incluso FRENTE LIBERTARIO, que no queremos pasar por alto el hecho, ni dejar de anotar la impropiedad del mismo.

Se empezó recordando la resistencia de Rusia en el período del comunismo de guerra.

Esa frase, y aquellas otras que se hicieron a base de recordar al Marne y a Verdún, fueron la chispa que prendiendo en la imaginación abundante de nuestros escritores antifascistas han provocado el incendio de frases y comparaciones que sigue siempre con idéntico vigor y energía. De estos recuerdos y de estas comparaciones a que acabamos de aludir se pasó rápidamente a otros de toda clase; y ya todo fué como sobre ruedas. Salieron a relucir, y siguen saliendo, recuerdos pretéritos encajados en la situación de cada día de guerra en España. El alcalde de Mostoles, Numancia y Sagunto, Publio Cornelio Escipión, Joffre y sus arengas, Waterloo, Babieca y el Cid, Covadonga y Pelayo, los batallones de mujeres, Gerona. Bailén, Alvaréz de Castro, "la línea de retirada en el cementerio", la Convención, la "viuda", los traidores y el Bois de Vincennes y hasta Atila y la batalla de los campos cataláunicos, han salido a relucir repetidas veces en frases que de puro redondas no había manera de agarrarlas.

Y nosotros, cada vez que leemos un "cañonazo" de ese estilo, volvemos los ojos a nuestra lucha, a esta lucha que palpita y sangra en nuestros campos y nuestras ciudades, y, sin poderlo remediar, sentimos una triste desilusión... porque las comparaciones son siempre desagradables.

Dos barcos más han sido hundidos. Pero Chamberlain ni rectifica ni dimita

Nuevas agresiones a la marina inglesa; nuevas pruebas de insensibilidad del Gobierno de "los lores", incapaz de tener aquel gesto que exige todo inglés que siente rubor ante las vergüenzas que soporta la Gran Bretaña, porque no piensa como esa desgracia inglesa, Chamberlain, sino como el que tan perfectamente le retrató en su ya histórica carta, o sea, lord Cecil, y que ayer destacamos en este comentario.

Nada saca de su impasibilidad a este ilustre hijo de la Gran Bretaña, mister Chamberlain, cuyo nombre producirá rubor a los ingleses todos cuando lean este período de la historia inglesa, el más bochornoso para un pueblo que hasta las claudicaciones de hoy era la primera potencia de Europa. Nada hace reaccionar a este hombre, insensible a las reflexiones y a las palabras más duras, más justamente duras, como las que en su histórica carta le propinó el ilustre lord Cecil, delegado durante diez de Inglaterra en Ginebra y Premio Nobel de la Paz. Y sigue contemplando cómo se van hundiendo los barcos con pabellón británico, sin que ningún gesto de dignidad, ya que no de gallardía, corte de raíz estas agresiones vergonzosas.

Es el político impermeable, el escéptico, forrado de ese cinismo vergonzante, propio de las épocas decadentes porque pasan todas las sociedades humanas... Es el político nefasto que hace que los pueblos grandes conozcan el momento de la bancarrota moral, principio de la caída que sufren todos los pueblos cuando se ven gobernados por temperamentos negativos...

Dos barcos más han sido hundidos, remojándose de nuevo el pabellón de "la reina de los mares" en este Mare Nostrum que fué lago inglés. Dos bofetadas más que ha recibido la política claudicante de esta desgracia de Europa que es Chamberlain. El "Farnham" y el "Arion" han recibido la caricia de la metralla italiana, sintiendo sus marinos la vergüenza de pertenecer a una potencia que tolera mansamente estas agresiones cobardes, y maldiciendo a esa figura política que tanto desprestigio y desmoralización va extendiendo por el mundo, animando a la iniquidad y al crimen a que sigan haciendo su salvaje obra de destrucción y muerte.

Es bochornoso este espectáculo. Es repugnante contemplar esta claudicación constante, esta cobardía, esta baja moral permanentes. La marina inglesa arriada por la cobardía y la insensibilidad de ese Gobierno de "los lores", Gobierno de las derrotas innumerables, cual si Inglaterra viviera los días vergonzosos de aquel Carlos II, contemporáneo del nuestro, el último rey austriaco que reinó en España, ambos idénticos en ser excesivamente gravosos a sus respectivos pueblos.

Otra vez ha sido arriado el pabellón inglés, con gran regocijo de los tiranos de Europa, mientras en la Cámara de los Comunes Chamberlain sólo sabía contestar a las oposiciones con sus acostumbrados, tartamudeos, sin que se acordara de que, Baldwin, su antecesor y jefe, marcó el camino a los políticos fracasados: el del ostracismo voluntario.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.

CADA UNO ES HIJO DE SUS OBRAS

LAS CLASES EN LA GUERRA Y EN LA REVOLUCION

Decíamos ayer que los trabajadores tuvieron que pasar, de propiciar la revolución, de propugnarla por todos los procedimientos, a contener la sublevación de los explotadores, vencerla y construir la revolución. Queríamos decir que pasaron de una acción demoledora, corrosiva, que iba resquebrajando los cimientos de un régimen de explotación y privilegio, a una acción constructiva, creadora y reformadora. De ser pico, o pólvora, o dinamita, a emplear las herramientas de los constructores de pueblos.

Se comprenderá que nadie puede nacer enseñado. Los trabajadores, sobre todo aquellos que no descansaron en la tarea de socavar las bases del régimen burgués, estaban duchos, positivamente duchos en el difícil y arriesgado trabajo de enfrentarse con el poder coercitivo, con el poder-fuerza, de aquel régimen. Sabían organizar huelgas, sabotajes, bloqueos, reunirse clandestinamente, tomar acuerdos y actuar. Sabían mantenerse enteros ante las palizas y medios represivos salvajes, ante las prisiones prolongadas, el hambre y la miseria de sus compañeras y de sus hijos. Sabían huir, cuando se les negaba todo medio de vida y acción en la España de los sublevados, a otros países. Sabían morir en una revuelta o en una algarada, y también en una calle oscura, de noche, y por aplicación de la ley de fugas...

Sabían cómo había que sufrir y sacrificarse por unas ideas redentoras y manumisoras. Ya era bastante y nadie tenía derecho a pedirles más. No tuvieron nunca lugar cómodo para estudiar y capacitarse, ni siquiera para intercambiar ideas y postularlos. Si acaso, en las cárceles y burlando la mirada siniestra del carcelero, devoraban libros y construían, con mucha fiebre, pueblos... Además hay un concepto falso sobre las revoluciones. Nunca pueden hacerse con teorías y menos con abstracciones. La revolución se hace sobre la marcha, andando, una vez conseguido el triunfo y tomadas las previsiones precisas para defenderla contra los traidores y contra sus enemigos seculares. No puede hacerse en un laboratorio, ni trazarse como un plano. No hay modo de prever, antes de lanzarse a un movimiento, hasta dónde va a calar y es, por tanto, imposible llevar nada pautado o cuadrado. Hay que improvisar y para ello están los hombres más audaces, más enérgicos y más capacitados, aquellos que pueden llamarse con razón conductores de muchedumbres.

Pues si eso ocurre con las revoluciones provocadas por las clases explotadas, ¿qué puede exigirse de unos trabajadores que se encuentran, de la noche a la mañana, con que les meten por las puertas de sus casas la revolución; es decir, que

súbitamente se ven, por imperio de las circunstancias y para salvación de un pueblo, con todos los medios de producción y de cambio en sus manos? No podía exigirse nada, pero podía esperarse mucho, aunque nunca tanto como dieron y ofrecieron a la causa antifascista. Que repasen los críticos cómodos en qué estado recogieron los trabajadores tierras y fábricas, industrias y comercios, Bancos y sociedades. Que reparen los que echaron sobre los Sindicatos juicios y calumnias, en la conmoción que sufrió España. Que nos digan los que pasaron por el Poder llamándose republicanos y otras cosas que habían preparado o edificado para que el pueblo, los trabajadores, no tuvieran que emplear su piqueta o su pólvora olvidándose de que derribaban o prendían fuego a lo que ya era del pueblo y para el pueblo. Que piensen... Pero es inútil que sigamos por este camino. Tropezaríamos. Todavía—y se comprende—hay rescoldos de pasiones que no tenemos interés en avivar.

Ya tenemos a los trabajadores, a los Sindicatos, construyendo un pueblo sobre las ruinas de otro y a favor de la traición de los explotadores. Pero no olvidemos que, además, los tenemos combatiendo. Porque hay quien cree que los Sindicatos debieron repetir el milagro del pan y los peces.

FRENTE LIBERTARIO

PUBLICA SU DICCIONARIO

(Continuación.)

DESPERDICIO.—Sobran de la vida regalada de algunos, que es base de primera necesidad para la vida miserable de otros.

DESPERTADOR.—Artefacto "simpatético" que nos administra el sueño y cuya muerte es, por lo general, contra la pared de enfrente.

DESPERTARSE.—Lo que le hace mucha falta... ¡mucho! a los pueblos del mundo, que, por lo visto, están en un sueño de color rosa.

DESPOJAR.—Una de las treinta y cuatro maneras de llamar a la acción de robar alguna cosa. ¡Exuberantes de palabras que somos!

DESPRECIO.—Terapéutica contra los sapos de la charca, mientras no salgan fuera. ¡Ah!..., pero si salen, se les aplasta.

DESQUITARSE.—Una cosa así como el cobro de una "cuentecita" atrasada. Hay muchas formas de desquitarse y muchas cosas de qué desquitarse. Por ejemplo: de un pisotón en un tranvía, de hambre pretérita, de deseos de poder...

DESQUITE.—Acción con que "nos la paga" quien nos había hecho alguna "charranada". O que creíamos que nos la había hecho.

DESTACARSE.—Afán immoderado de sacar la cabeza por encima de las de los demás. Tiene un "pequeño" inconveniente, y es que en las alturas, no estando bien equilibrado, se siente el mareo.

DESTAPARSE.—Echarse "p' delante" y enseñar lo que verdaderamente se lleva dentro. Por lo general, los que se destapan hacen el "ridi", porque llevan el depósito vacío.

DESTERRAR.—Consejo saludable que se ofrece generosamente a los que nos estorban cerca.

DESTILAR.—Eliminación, por gotas, de los líquidos, incluso la bilis y la leche averiada.

DESTRUIR.—Método convincente de demostrar a otro que se es más fuerte que él. Lo demás... no interesa.

TRES

libros esperados por la clase trabajadora

ROMANCES DE "C N T"

por Antonio Agraz

Milicias Confederales

por Eduardo de Guzmán

ANTIFASCISMO PROLETARIO

por J. García Pradas

Leed C. N. T.

Del 9 largo

Cuando una enfermedad existe y existe el remedio para ella, forzosamente hay que administrarlo.

La gangrena lo mismo obliga a amputar el miembro infectado, ya sea de un poderoso, ya de un humilde.

La clara visión de un médico consiste en "ver" la enfermedad. Diagnostica y si hay medicinas para combatirla o anularla, sólo tiene que recetar.

Y luego entre el farmacéutico en funciones.

Claro, que la enfermedad ha de existir para demostrar la capacidad del facultativo.

Y la experiencia médica se demuestra presentando a los profanos los efectos de la enfermedad.

Porque... siempre parece que se queda uno más tranquilo sabiendo lo que tiene.

Y, además, cuando se tiene plena confianza en el médico, confianza que no faltará nunca mientras el médico combata con éxito las enfermedades que surjan.

Y una de las cualidades que cimentan la confianza hacia un médico es la seguridad, la tranquilidad, y la energía en los procedimientos curatorios.

Y que Galeno nos perdone por haberle aludido... ya que otros no nos perdonarán, aunque haya bastantes que nos lo agradezcan.